

EL ESTUDIANTE

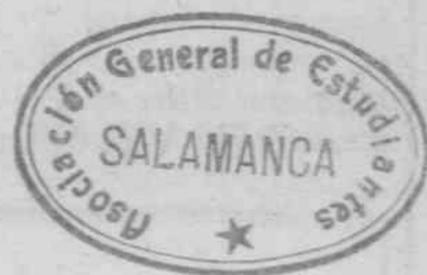
Semanario de la juventud española



SUMARIO

La tragedia íntima de Tolstoy, Tatiana Sukhotin Tolstoy.—La Confederación de Estudiantes Católicos y «El Estudiante», Editorial.—Corro. Flauta infantil (versos), F. Martínez Corbalán.—La libertad civil, Abraham Lincoln.—Tirano Banderas, libro cuarto. La mueca verde, Don Ramón del Valle-Inclán.—Los estudiantes del Magisterio de Madrid.—Ventana al río (fragmento), Benjamín Jarnés.—La función del Alcázar, Editorial.—El castigo del Avila, R. Blanco-Fombona.—Deportismo y energética (continuación), Guillermo de Torre.—Poema del aire, Miguel Pérez Ferreiro.—Unamuno, Jaime Ibarra.—Proyecciones de América. El nacionalismo continental, G. de T. La sombra de Alá, E. S. y Ch.

*



Precio: 30 cts. - MADRID - 28 febrero 1926

==== OBRAS DE ====

D. MIGUEL DE UNAMUNO

De la enseñanza superior en España.
Tres ensayos ¡Adentro! La ideocracia.
La Fe.
En torno al casticismo.
Paisajes.
Vida de Don Quijote y Sancho.
Amor y Pedagogía.
De mi país. Descripciones, datos y artículos de costumbres.
Paz en la guerra.
Poesías.
Mi religión y otros ensayos.
Por tierras de Portugal y España.
Rosario de sonetos líricos.
Una historia de amor.
Soliloquios y conversaciones.
Andanzas y visiones españolas.
Contra esto y aquello.
El espejo de la muerte (novelas cortas).
Niebla (novela).
Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.
Ensayos (siete tomos).
Abel Sánchez. Una historia de pasión.
El Cristo de Velázquez.
Tres novelas ejemplares y un prólogo.
Teresa. Rimas.
L'agonie du christianisme (París 1925).

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL MUNDO

Las obras de D. Miguel de Unamuno han sido traducidas al francés, al italiano, al inglés y al alemán. Se está publicando la traducción al sueco de sus obras completas.

EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 10

Director: Rafael Giménez Siles

28 FEBRERO 1926

DIRECCIÓN
Y ADMINIS-
TRACIÓN:
MARQUÉZ DE
CUBAS, 8

Este número ha sido
visado por la censura

LA TRAGEDIA INTIMA DE TOLSTOY⁽¹⁾

por

Tatiana Sukhotin Tolstoy

(Continuación.)

Entonces surgió en mi padre la lucha interna, que había permanecido latente durante veinte años de gran actividad literaria. Había llegado a la mitad de su vida y había conseguido todo lo que un hombre puede soñar —todas esas ventajas sociales externas que un hombre puede desear—; pero también había comenzado a interesarse por cosas superiores a estas pequeñeces. En realidad, éstas constituían para él una cruz, para llevar la cual se encontraba, a veces, falto de fuerzas y con deseos de apartarla de sí. Pensó en romper con todo su vida pasada. Pensó en que debía abandonar su familia, renunciar a la propiedad que había obtenido con tanto trabajo, romper con la Iglesia que hubiera deseado amar como medio de unión con las gentes sencillas.

Pero antes de rechazar la religión en que había nacido y se había educado, la sometió a un examen minucioso. Empezó observando todas las reglas de la Iglesia Ortodoxa. Rezaba, meditaba y asistía a todos los actos religiosos. Pero no encontró respuesta alguna a los problemas que atormentaban su espíritu.

No hablaré de los intensos sufrimientos morales que precedieron al gran cambio que luego se operó en él; sufrimientos que le llevaron a pensar en el suicidio. Me limitaré a indicar la influencia del cambio de mi padre sobre su familia. Por inercia continuamos haciendo la vida que él nos había preparado, mientras que su espíritu, cada vez más atormentado por la idea de sus posesiones, empezaba a soñar en desprenderse de ellas "para dar lo que uno debe" —decía—, "no para hacer bien, sino para ser menos culpable".

La separación entre marido y mujer iba aumentando. El traslado a Moscou, decidido hacía algunos años, puso claramente de relieve esta situación. Nosotros, como toda la familia, no teníamos más que las preocupaciones corrientes. Mi padre había hecho amis-

tades nuevas. Con frecuencia cruzaba el río, charlaba con los aserradores y trabajaba con ellos.

En el primer invierno que pasamos en Moscou ocurrió algo que le emocionó profundamente. En 1882 se hizo un censo total de Rusia. Mi padre intervino en la confección de este censo. Solicitó ocuparse de la parte más pobre de Moscou; un distrito lleno de casas de dormir y centros de vicio. Por primera vez en su vida observó la pobreza en la ciudad. Lo que más le impresionó fué la degradación moral del pueblo. La contemplación de esta pobreza y de este vicio le horrorizó, e inmediatamente, siguiendo su costumbre, los sometió a un análisis estricto. ¿Por qué había allí vicio? ¿Por qué había allí pobreza? Y en seguida surgía la respuesta: Si aquellas gentes estaban en la miseria, era porque otras tenían cosas supérfluas; si aquellas gentes eran ignorantes, se debía a que otras habían acumulado conocimientos innecesarios. ¿Si aquellas gentes tenían que trabajar con exceso, era porque otras holgaban!

Y se preguntaba a sí mismo: ¿Quiénes son esos otros que están en la abundancia, que poseen conocimientos innecesarios y que viven en la holganza? La respuesta era: Yo y mi familia. Hacía tiempo que sentía esto; pero lo que vió se lo hizo sentir aún más. Lo sintió con toda su fuerza mental. Las personas

**Nos es imposible
publicar el acos-
tumbrado editorial
de esta plana**

(1) Véase EL ESTUDIANTE, núm. 9.

como mi padre tienen una sensibilidad muy superior a la normal y sienten todo con extraordinaria intensidad.

Cuando volvía a casa y veía la mesa con mantel blanco, frutas y pasteles; cuando veía a los dos criados de guante blanco sirviendo a unos chicos jóvenes, sanos y desocupados, su alma se rebelaba con pena y con indignación. No podía comprender cómo podíamos llevar esta vida, cuando al lado nuestro había gentes que perecían de miseria.

Mi madre consideraba sus sufrimientos como un síntoma de enfermedad; temía por su razón. No se daba cuenta de la gran lucha que tenía lugar en el espíritu de su marido. Y él se aferraba más a la idea de abandonar su casa, de crearse una vida de acuerdo con sus sentimientos.

Así vivían uno al lado del otro, como extraños, aunque amándose intensamente. Su trabajo como autor (que ella apreciaba y elogiaba cuando se trataba de novelas) le fué completamente indiferente en cuanto penetró en la región de la abstracción. En sus Memorias, mi madre dice que la situación se hacía intolerable. "Yo solía copiar todo lo que él escribía, corregía y rehacía; pero una vez, en 1880, la sangre subió a mi rostro y se despertó la indignación en mi alma al leer lo que había escrito. Cogí las cuartillas y se las llevé, diciéndole que ni quería ni podía seguir copiando aquellas cosas".

A fin de no irritarse mutuamente, mi padre acostumbraba a salir de Moscou y visitar antiguos amigos de Yasnaya, que vivían en el campo, si bien entonces tampoco lo pasaba muy agradablemente. En una carta a un amigo decía "aunque no deba hacerlo, aunque estoy esperando que ocurra algo que me salve de la intolerable discordia que existe entre mi vida y mi conciencia"; pero no ocurrió nada de esto. En otra carta a otro amigo decía: "No puedes imaginar hasta qué punto me encuentro solo y hasta qué punto mi propio yo se contradice por lo que le rodea.."

Por aquella misma época, su mujer escribía a su hermano: "Antes me he encontrado sola algunas veces; pero nunca tanto como ahora. ¡Qué claro veo y qué intensamente siento que nadie se preocupa de conocerme y que no intereso a nadie!" Esta discordia era muy dolorosa para mi padre, que siempre esperaba que algún día su mujer aceptaría y compartiría sus puntos de vista.

La vida exterior de mis padres también era completamente diferente. Mi padre se levantaba a las siete, cuando todavía era de noche; sacaba del pozo agua para toda la casa y en un trineo iba a buscar leña. Mis padres hacían una vida completamente distinta y sin interesarse uno en la del otro.

En 1884 continuaron las escenas penosas. En la noche del 17 al 18 de junio, mi padre se echó un saco al hombro y se marchó de casa. Me acuerdo muy bien de su salida por la avenida de Yasnaya Polyana y de mi madre sentada delante de casa bajo los árboles. Su rostro parecía de piedra por el sufrimiento. Miraba sin ver, por sus grandes ojos negros. Estaba a punto de dar a luz y ya habían empezado los dolores del parto. En la madrugada nació mi hermano Alejandro.

Aquella noche mi padre no fué muy lejos. Sabía que su mujer estaba a punto de traer al mundo un hijo, su hijo; tuvo piedad de ella y volvió.

Pero, naturalmente, este estado de cosas no podía continuar. Terminó en una escena muy penosa, en la

cual se hicieron mutuos reproches, y se confesaron sus divergencias. El se dirigió a su mujer y, con la cara descompuesta por el sufrimiento, le dijo sin más preámbulos, que se marchaba de casa. Siempre me acordaré de aquella larga noche de invierno. Los nueve hijos mayores estábamos sentados en el piso bajo y de cuando en cuando, nos acercábamos a la escalera que conducía a la habitación donde estaban mis padres y escuchábamos sus voces, siempre altas y agitadas.

Cada uno de ellos defendía su punto de vista, sosteniendo lo que para cada uno de ellos era más importante que la misma vida. Ella defendía el bienestar de sus hijos, del cual consideraba que dependía su felicidad. El defendía sus ideas. Ella amaba a sus hijos apasionadamente; pero él amaba la verdad sobre todas las cosas. La discusión se mantenía dentro de un círculo vicioso y siempre acababa en el mismo callejón sin salida.

¿Entendíamos los chicos lo que nuestro padre decía y lo que nuestro padre pensaba? Yo, por mi parte, puedo asegurar que no. Yo creía que mi padre no podía equivocarse y tenía la certeza de que defendía lo justo. Pero ignoraba a qué verdad había llegado. Tampoco comprendía a mi madre; pero pensaba que debía haberse sometido a las ideas de mi padre, cualquiera que éstas fuesen. Los chicos no interveníamos en las discusiones de familia y nos sentábamos en el piso bajo, en el vestíbulo, y allí esperábamos las decisiones de nuestros padres.

Mi padre decidió visitar a unos amigos que vivían cerca de Moscou. Enganchamos a un trineo a nuestro viejo y dócil "Sultán". Yo cogí las riendas y fuimos juntos a casa de aquellos amigos, a unos cien kilómetros de Moscou. Siempre me acordaré de aquel viaje. Por el camino, mi padre me habló de sus puntos de vista, y por primera vez comencé a comprenderlos.

Cuando volvimos a Moscou, nada había cambiado. El amor de mis padres no había disminuído, sino aumentado, al conocer sus respectivos sufrimientos.

Ella se apiadaba de sus sufrimientos y él de los de ella. Ella trataba de aproximarse a sus pensamientos y de tomar mayor parte en su trabajo. También en sus hijos encontraba mi padre comienzos de comprensión. Contestándome a una carta, me decía:

"Bravo, querida Tatiana, y gracias por tu carta. Por primera vez me dices que ha cambiado tu modo de ver las cosas. Mi sueño constante y la única alegría que espero es encontrar hermanos y hermanas en mi propia familia, y no lo que hasta ahora he visto, alejamiento y oposición premeditada, apreciándolo yo, no de mí, sino de la verdad."

En esta época de nuestra vida mi padre tuvo el placer de realizar dos de sus ideas. Se desprendió de sus posesiones y consiguió de su mujer que accediera a la renuncia de sus derechos de autor. Para no desheredar completamente a su familia, les permitió conservar los derechos de autor de todas sus obras hasta 1880, la fecha de su nacimiento espiritual, según él decía.

En aquel mismo año 1897 tuvo lugar la emancipación de sus propiedades. Mi padre hubiera querido repartirlas entre los pobres; pero su mujer no lo consintió. Se preparó otro plan y, al fin, se hizo lo siguiente: actuar como si mi padre hubiera muerto y los herederos hubieran recibido la herencia. Se valoró la casa y los terrenos; se dividió el total en diez

partes, que se distribuyeron entre la mujer y los nueve hijos.

La distribución fué muy dolorosa para todos nosotros. Mi madre se daba cuenta de que a mi padre le resultaba triste y desagradable. En aquella época obtuvimos de mi madre otra pequeña concesión. Nos permitió tomar parte en las faenas agrícolas con los campesinos y aquella fué una época muy feliz de nuestra vida.

(Continuará.)

Este número ha sido
visado por la censura

La Confederación de Estudiantes Católicos y "El Estudiante"

La Confederación de Estudiantes Católicos, en una publicación que lleva el nombre de *Hoja Informativa*, etc., nos hace el gran honor de ocuparse de EL ESTUDIANTE en términos verdaderamente halagüeños para nuestra Revista. Sería una descortesía y una ingratitud imperdonable que no lo reconociéramos así públicamente, y como nos sentimos orgullosos de las palabras que nos prodiga, no queremos privar a nuestros lectores —que tememos mucho hayan disminuído considerablemente desde la aparición del órgano "católico"— de sus párrafos más substanciosos.

Dice así:

"No podemos por menos de hacer la más acrba crítica de aquellos que lo impulsan y dirigen (se refiere a EL ESTUDIANTE), porque conscientes del mal que en la juventud puede producir, no ya enseñanzas contrarias a las nuestras, que la tolerancia es una de nuestras características, sino doctrinas francamente perniciosas y contrapuestas a las normas generales de moralidad y de bienvivir, comunes entre los hombres de todas las tendencias, las amparan con su pluma y con su dinero."

"La juventud española —prosigue—, dicho sea en su honor, no puede tener, no tendrá jamás, por órgano, al periódico EL ESTUDIANTE."

Y termina: "Conviene que los escolares se den cuenta de esta realidad para no dejarse seducir por títulos engañosos ni por calificativos que todos se pueden atribuir, pero que muy pocos pueden sostener."

¡Qué gran satisfacción nos produce este grito de alarma de los encargados de velar por la salud eterna de los tiernos e inexpertos rebaños escolares! Y pensamos, admirados, que si no fuera por esas abnegadas y desinteresadas personas que se prestan a servir de piedra de toque de todo lo que se dice y escribe, qué sería de los demás pobres mortales y qué de almas se estarían a estas fechas chamuscando en las mismísimas entrañas del infierno...

"Ya estamos aquí" es el título de uno de los artículos de esta bienaventurada *Hoja Informativa*, y resulta un bello gesto el retador y fiero de este arque-ro que prepara su dardo envenenado para dar en tierra al enemigo.

Este número ha sido censurado

Corro.

Llenaba la placeta
un son dulce y sencillo
de romance infantil.
Las voces de las niñas
eran como una llama.
Rodaba lento el corro
en la tarde dorada,
hendida por vuelo
de una alegre bandada
de palomas en celo.
El romance ponía
en la plaza minúscula
guirnalda inocentes.
La luz estaba llena
de claras resonancias.
El cuchillo del eco,
desde la rinconada
hizo su burla al coro.
Ascendía la balada
en la tarde de oro.

"Arroyo claro,
fuente serena,
quien te lavó el pañuelo
saber quisiera."

Flauta infantil.

Como un sapo
—así de dulce y clara?
suena en la tarde
la flauta.
La flauta primitiva
de humilde caña
que tiñó el mercader
con fuchina encarnada.
Mi hijo sopla
su melodía blanca
con los ojos brillantes
y la boca pintada,
porque se le destiñe
al compás de sus sonos
la flauta.
Al golpe cristalino
mi hijo devana
sus puras melodías.
Señor: dame una caña
sonora, una caña teñida,
y un alma
que vuele al agridulce
sonido de esa caña.

Posesión.

El alarido de tu cabellera
iba sobre la almohada
como una negra rosa de los vientos.
Ahogado en tu mirada,
me devoró la araña de tu cuerpo:
esa pálida araña que ha de alumbrar
los halls de los infiernos.

F. MARTÍNEZ CORBALÁN.

TIRANO BANDERAS

LIBRO CUARTO

LA MUECA VERDE

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

I

Tirano Banderas, advertido con olisca de rata fisgona, abandonó la rueda de lisonjeros compadres. Atravesó el claustro. El Inspector de Policía, Coronel Licenciado López de Salamanca, acabado de llegar, platicaba con el gachupín Don Teles. Comedidos, guardaron silencio y se unieron al cortejo fúnebre de Don Santos. Por la cámara, adonde entraron todos, cruzó la momia siempre fisgando y pasó a la celda donde solía tratar con sus agentes secretos. En la puerta, saludó con una cortesía de viejo cuáquero.

—Ilustre Don Telesforo, dispéñeme no más un instante. Señor Inspector pase a recibir órdenes.

El Señor Inspector atravesó la estancia cambiando con unos y otros guiños, mamolas y leperadas en voz baja. El General Banderas había entrado en la recámara, estaba entrando, se hallaba de espaldas, podía volverse, y todos se advertían presos en la acción de una guñolada dramática. El Coronel Licenciado, López de Salamanca, Inspector de Policía, pasaba poco de los treinta años: Era hombre agudo, con letras universitarias y jocoso platicar. Nieto de encomenderos españoles, arrastraba una herencia sentimental y absurda de orgullo y premáticas de casta. De este heredado desprecio por el indio, se nutre el mestizo criollaje dueño de la tierra, cuerpo de nobleza llamado en aquellas Repúblicas, Patriciado. El Coronel Inspector entró, recobrado en su máscara de personaje:

—A la orden, mi General.

Tirano Banderas con un gesto le ordenó que dejase abierta la puerta. Luego quedó en silencio. Luego habló con escándido temoso de cada palabra:

—Diga no más. ¿Se ha celebrado el mitote de las Juventudes? ¿Qué loros hablaron?

—Abrió los discursos el Licenciado Sánchez Ocaña. Muy revolucionario.

—¿Con qué tópicos? Abrevie.

—Redención del Indio. Comunismo precolombiano. Marsellesa del Mar Pacífico. Fraternidad de las razas amarillas. ¡Macanas!

—¿Qué otros loros?

—No hubo lugar para más. Sobrevino la consecvente boluca de gachupines y nacionales, dando lugar a la intervención de los gendarmes.

—¿Se han hecho arrestos?

—A Don Roque, y algún otro, los he mandado conducir a mi despacho, para tenerlos asegurados de las iras populares.

—Muy conveniente. Aun cuando antagonistas en ideas, son sujetos ameritados y vidas que deben salvaguardarse. Si arreciase la ira popular, deles alojamiento en Santa Mónica. No tema excederse. Mañana, si conviniese, pasaría yo en persona a sacarlos de la prisión y a satisfacerles con excusas personales y oficiales. Repito que no tema excederse. ¿Y qué tenemos del Honorable Cuerpo Diplomático? ¿Rememora el asunto que le tengo platicado, referente al Señor Ministro de España? Conviene que nos aseguremos con prendas.

—Esta misma tarde se ha realizado algún trabajo.

Obró diligente, y le felicito. Expóngame la situación.

—Se le ha dado luneta de sombra al guarango andaluz, entre buja y torero, al que dicen Currito Mi-Alma.

—¿Qué filiación tiene ese personaje?

—Es el niño bonito que entra y sale como perro faldero en la Legación de España. La Prensa tiene hablado con cierto choteo.

El Tirano se recogió con un gesto austero:

—Esas murmuraciones, no me son plato favorecido. Adelante.

—Pues no más que a ese niño torero lo han detenido esta tarde por hallarle culpado de escándalo público. Ofrecieron alguna duda sus manifestaciones, y se procedió a un registro domiciliario.

—Sobreentendido. Adelante. Resultado del registro.

—Tengo hecho inventario en esta hoja.

—Acérquese el candil y lea.

El Coronel Licenciado, comenzó a leer un poco gangoso, iniciando someramente el tono de las viejas beatas:

—Un paquete de cartas. Dos retratos con dedicatoria. Un bastón con puño de oro y cifras. Una cigarrera con cifra y corona. Un collar, dos brazaletes. Una peluca con rizos rubios, otra morena. Una caja de lunares. Dos trajes de señora. Alguna ropa interior de seda con lazadas.

Tirano Banderas recogido en un gesto soturno, fulminó su excomunión:

—¡Aberraciones repugnantes!

La ventana enrejada y abierta, daba sobre un fondo de arcadas lunarias. Las sombras de los murciélagos agitaban con su triángulo negro la blancura nocturna de la ruina. El Coronel Licenciado, lentamente, con esa seriedad jovial que matiza los juegos de manos, se sacaba de los dispersos bolsillos, joyas, retratos y cartas, poniéndolo todo en hilera, sobre la mesa, a canto del Tirano.

—Las cartas son especialmente interesantes. Un caso patológico.

—Una sinvergüenzada. Señor Coronel, todo eso se archiva. La Madre Patria merece mi mayor predilección, y por ese motivo tengo un interés especial en que no se difame al Barón de Benicarlés: Usted va a proceder diligente para que recobre su libertad el guarango. El Señor Ministro de España, muy conveniente que conozca la ocurrencia. Pudiera suceder que con sólo eso, cayese en la cuenta del ridículo que hace tocando un pífano en la mojiganga del Ministro Inglés. ¿Qué noticias tiene usted referentes a la reunión del Cuerpo Diplomático? Sentiría que se comprometiese demasiado al Señor Ministro de España. ¿Usted no tuvo modo de ponerle la mosca en la oreja?

—Mirando a ello he corrido órdenes para dejar en libertad a una vieja alcahueta que nos quiso impedir el registro.

—No debió hacerse la detención.

—Exceso de celo por parte de los gendarmes. Apenas me llegó la noticia, he procedido para que la vieja fuese liberada.

Tirano Banderas movió la cabeza. Tenía un reflejo de la lámpara sobre el marfil de la calavera, y en los vidrios redondos de las antiparras. Miró su reloj, una cebolla de plata, y le dió cuerda con dos llaves.

—Don Teles nos iluminará en lo referente a la actitud del Ministro. ¿Sabe usted si ha podido entrevistarle?

—Merito me platicaba del caso. Sus impresiones no son nada favorables.

—Señor Coronel, si no tiene cosa de mayor urgencia que comunicarme, aplazaremos el despacho. Será bien conocer el particular de lo que nos trae Don Telesforo Galindo. Así tenga a bien decirle que pase, y usted permanezca.

II

Don Teles Galindo, el ilustre gachupín, jugaba con el bastón y el sombrero mirando a la puerta de la recámara: Su redondez pavona, en el fondo mal alumbrado del vasto locutorio, tenía esa actitud petulante y preocupada del cómico que, entre bastidores, espera su salida a escena. Al Coronel Licenciado, que asomaba y tendía la mirada, hizo reclamo, agitando bastón y sombrero. Presentía su hora, y la transcendencia del papelón le rebotaba. El Coronel Licenciado levantó la voz, parando un ojo burlón y compadre sobre los otros asistentes.

—Mi Señor Don Teles, si tiene el beneplácito.

Entró Don Teles y le acogió con su rancia ceremonia el Tirano:

—Lamento la espera y le ruego muy encarecido que acepte mis justificaciones. No me atribuya indiferencia por saber sus novedades: ¿Entrevistó al Ministro? ¿Platicaron?

Don Teles hizo un amplio gesto de contrariedad:

—He visto a Benicarlés. Hemos conferenciado sobre la política que debe seguir en estas Repúblicas la Madre Patria. Hemos quedado distanciados.

Comentó ceremoniosa la momia:

—Siento el contratiempo, y mucho más si alguna culpa me afecta.

Don Teles plegó el labio y entornó el párpado, significando que el suceso carecía de importancia:

—Para corroborar mis puntos de vista, he cambiado impresiones con algunas personalidades relevantes de la Colonia.

—Hábleme de su Excelencia el Señor Ministro de España. ¿Cuáles son sus compromisos diplomáticos? ¿Por qué su actuación contraría a los intereses españoles aquí radicados? ¿No comprende que la capacitación del indígena es la ruina del estanciero? El estanciero se verá aquí con los mismos problemas agrarios que deja planteados en el propio país, y que sus estadistas no saben resolver.

Don Teles tuvo un gran gesto adulator y enfático:

—Benicarlés, no es hombre para presentarse con esa claridad y esa transcendencia las cuestiones.

—¿En qué argumentación sostiene su criterio? Eso estimaría saber.

—No argumenta.

—¿Cómo sustenta su opinión?

—No la sustenta.

—¿Algo dirá?

—Su criterio es no desviarse en su actuación de las vistas que adopte el Cuerpo Diplomático. Le hice toda suerte de objeciones, llegué a significarle que se exponía a un serio conflicto con la Colonia. Que acaso se jugaba la carrera. ¡Inútil! ¡Mis palabras han resbalado sobre su indiferencia! ¡Jugaba con el faldero! ¡Me ha indignado!

Tirano Banderas, interrumpió con su falso y escondido hablar ceremonioso:

—Don Teles, venciendo su repugnancia, aún tendrá usted que entrevistarse con el Señor Ministro de España. Será conveniente que usted insista sobre los mismos tópicos, con algunas indicaciones muy especializadas. Acaso logre apartarle de la perniciosa influencia del Representante Británico. El Señor Inspector de Policía tiene noticia de que nuestras actuales dificultades obedecen a un complot de la Sociedad Evangélica de Londres. ¿No es así, Señor Inspector?

—¡Indudablemente! La Humanidad que invoca las milicias puritanas, es un ente de razón, una logomaquia. El laborantismo inglés, para influenciar sobre los negocios de minas y finanzas, comienza introduciendo la Biblia.

Meció la cabeza Don Teles:

—Ya estoy al cabo.

La momia se inclinó con rígida medida, sesgando la plática:

—Un español ameritado, no puede sustraer su actuación cuando se trata de las buenas relaciones entre la República y la Patria Española. Hay a más un feo enredo policíaco. El Señor Inspector tiene la palabra.

El Señor Inspector, con aquel gesto de burla fúnebre, paró un ojo sobre Don Teles:

—Los principios humanitarios que invoca la diplomacia, acaso tengan que supeditarse a las exigencias de la realidad palpitante.

Rumió la momia:

—Y en última instancia, los intereses de los españoles aquí radicados, están en contra de la Humanidad. ¡No hay que fregarla! Los españoles aquí radicados representan intereses contrarios. ¡Que lo entienda ese Señor Ministro! ¡Que se capacite! Si le ve muy renuente, manifiéstele que obra en los archivos policíacos un atestado por verdaderas orgías romanas, donde un invertido simula el parot. Tiene la palabra el Señor Inspector.

Se consternó Don Teles.

—¡Incalificable!

Y puso su rejón el Coronel-Licenciado:

—En ese simulacro, parece haber sido comadrón el Señor Ministro de España.

Gemía Don Teles:

—¡Estoy consternado!

Tirano Banderas rasgó la boca con mueca desdeñosa.

—Por veces nos llegan puros atorrantes representando a la Madre Patria.

Suspiró Don Teles:

—Veré al Barón.

—Véale, y hágale entender que tenemos su crédito en las manos. El Señor Ministro recapacitará lo que hace. Hágale presente un saludo muy fino de Santos Banderas.

Tirano Banderas se inclinó, con aquel ademán mesurado y rígido de figura de palo:

—La Diplomacia gusta de los aplazamientos, y de esta primera reunión no saldrá nada. Veremos lo que nos trae el día de mañana. La República puede perecer en una guerra, pero jamás se rendirá ante una imposición de las Potencias Extranjeras.

III

Tirano Banderas salió al claustro. Encorvado sobre una mesilla de campaña, sin sentarse, comenzó firmando, con rápido rasgueo, los edictos y sentencias que le iba presentando el Secretario de Tribunales, Licenciado Carrillo. Sobre la cal de los muros, daban sus espantos malas pinturas de martirios, purgatorios, catafalcos y demonios verdes. Rubricado el último pliego, habló despacio, la mueca dolorosa y verde en la rasgada boca indiana:

—Chac-chac, Señor Licenciadito, estábamos en deuda con la vieja rabona del 7.º Ligerero. Para rendirle justicia debidamente, se precisa chicotear a un Jefe del Ejército. ¡Punirlo como a un roto! ¡Y es un amigo de los más estimados! ¡El macaneador de mi compadre Domiciano de la Gándara! ¡Ese bucanero, que dentro de un rato me llamará déspota, con el ojo torcido al campo insurrecto! Chicotear a mi compadre, es ponerle a caballo. Desamparar a la choila rabona, falsificar el designio que formulé al darle la mano, se llama sumirme, fregarme. ¿Licenciado, cuál es su consejo?

—Patroncito, es un nudo gordiano.

Tirano Banderas, rasgada la boca por la verde mueca, se volvió al coro de comparsas:

—Ustedes, amigos, no se destierren: Arriéndense para dar su fallo. ¿Han entendido lo que platicaba con el Señor Licenciado? Bien conocen a mi compadre Domiciano de la Gándara. Muy buena reata y todos le estimamos. Darle chicote como a un roto, es enfurecerle y ponerle en el rancho de los revolucionarios. ¿Se le pune, y deja libre y rencoroso? ¿Tirano Banderas —como dice el pueblo cabrón— debe ser prudente o magnánimo? Piénsenlo, amigos, que su dictado me interesa. Constitúyanse en tribunal, y resuelvan el caso con arreglo a conciencia, que yo haré siempre lo que tengo en propósito.

Desplegando un catalejo de tres cuerpos reclinóse en la arcada que se abría sobre el borroso diseño del jardín, y se absorbió en la contemplación del cielo.

IV

Los Compadritos hacen rueda en el otro cabo, y apuntan distingos justipreciando aquel escrúpulo de conciencia, que como un hueso a los perros, les arrojaba Tirano Banderas. El Licenciado Carrillo se insinuaba con la mueca de zorro propio del buen curial:

—¿Cuál será la idea del patrón?

Nacho Veguillas, el rapa-barbas, sesga la boca y saca los ojos remedando el canto de las ranas:

—¡Cuá! ¡Cuá!

Y le desprecia con un gesto, tirándose del pirulo chivón de la barba, el Mayor Abilio del Valle:

—¡No está el guitarrón para ser punteado! ¡Ché!

—¡Mayorcito del Valle, hay que fregarse!

El Licenciado no salía de su tema:

—Preciso es adivinarle la idea al patrón, y dictaminar de acuerdo.

Nacho Veguillas hacía de tonto mojiganguero.

—Yo me guío por sus luces, Licenciadito.

Murmuró el Mayor del Valle:

—Para acertarla, cada uno se ponga en el caso:

—¿Y puesto en el caso vos, Mayorcito?...

—¿Entre qué términos, Licenciado?

—Desmentirse con la vieja, o chicotear como a un roto al Coronelito De la Gándara.

El Mayor Abilio del Valle, siempre a tirarse del pirulo chivón, retrucó soflamero:

—Tronar a Domiciano y después chicotearle, es mi consejo.

Nacho Veguillas sufrió un acceso sentimental de pobre diablo:

—El patroncito acaso mire la relación de compadres, y pudiera la vinculación espiritual aplacar su rigorismo.

El Licenciado tendía la cola petulante:

—Mayorcito, de este nudo gordiano vos estate el Alejandro.

Nacho Veguillas angustió la cara:

—¡Un escacho de botillería, no puede tener pena de muerte! Yo salvo mi responsabilidad. No quiero que se me apa-

rezca el espectro de Domiciano. ¿Vos conocés la obra que representó anoche Pepe Valero? Fernando el Emplazado. ¡Ché! Es un caso de la Historia de España.

—Ya no pasan esos casos.

—Todos los días, Mayorcito.

—No los conozco.

—Permanecen inéditos, porque los emplazados no son testas coronadas.

—¿El mal de ojo? No creo en ello.

—Yo he conocido a un sujeto, que perdía siempre en el juego, si no tenía en la mano el cigarro apagado.

El Licenciado intervino, aguzando la sonrisa:

—Me permito llamarles al asunto. Sospecho que hay otra acusación contra el Coronel de la Gándara. Siempre ha sido poco de fiar ese amigo. Andaba estos tiempos muy bruja y acaso buscó remediarse de plata en la montonera revolucionaria.

Se confundieron las voces en un susurro.

—No es un secreto que conspiraba.

—Pues le debe cuanto es al patroncito.

—Como todos nootros.

—Soy el primero en reconocer esa deuda sagrada.

—Con menos que la vida, yo no le pago a Don Santos.

—Domiciano le ha correspondido con la más negra ingratitud.

Puestos de acuerdo, ofreció la petaca el Mayor del Valle.

V

Tirano Banderas, recogido en el fondo de la reja, corría por el cielo el campo de su catalejo: Tenía blanca de luna la calavera:

—Cinco fechas para que sea visible el cometa que anuncian los astrónomos europeos. Acontecimiento celeste, de que no tendríamos noticias, a no ser por los sabios de fuera. Posiblemente, en los espacios sidéreos tampoco saben nada de nuestras revoluciones. Estamos parejos. Sin embargo, nuestro atraso científico es manifiesto. Doctorcito Veguillas, redactará un Decreto para dotar con un buen telescopio a la Escuela Náutica y Astronómica.

El Doctorcito Nacho Veguillas, finchándose en el pandó compás de las zancas, sacó el pecho y tendió el brazo en arenga:

—¡Mirar por la cultura, es hacer patria!

El Tirano pagó la cordialidad avinada del poble diablo, con un gesto de calavera humorística. Volvió a recorrer con su antejo el cielo nocturno. Los cocuyos encendían su danza de luces en la borrosa y lunaria geometría del jardín.

VI

Tosca y esquiva, aguzados los ojos como montés alimaña, penetró, dando gritos, una mujer encamisada y pelona. Por la sala pasó un silencio, y los coloquios quedaron en el aire. Tirano Banderas, tras una espantada, se recobró batiendo el pie con ira y denuesto. Temerosos del castigo, se arrestaron la recamarera y el mucamo, que acudieron a la captura de la encamisada. Fulminó el Tirano:

—¡Chingada, guarda tenés de la Niña! ¡Hi de tal, la tenés bien guardada!

Las dos figuras parejas se recogían, implorantes en el quicio de la puerta. Eran, sobre el hueco profundo de sombra, oscuros bultos de borroso realce. Tirano Banderas se acercó a la encamisada, que con el gesto obstinado de los locos, hundía las uñas en la greña y se agazapaba en un rincón aullando:

—Manolita, vos serés bien mandada. Andate no más para la recámara.

Aquella pelona encamisada era la hija de Tirano Banderas. Fofa, amarilla, zaina, casi vieja, con la expresión inmóvil, sellaba un enigma cruel su máscara de ídolo. Huidiza y doblada, se recogió al amparo de la recamarera y el mucamo, arrestados en la puerta. Se la llevaron con amonestaciones, y en la oscuridad se perdieron. Tirano Banderas, con un monólogo tartajoso, comenzó a dar paseos: Al cabo, resolviéndose, hizo una cortesía de estantigua, y comenzó a subir la escalera.

—Al macaneador de mi compadre, será prudente arrestarlo esta noche, Mayor del Valle.

FIN DEL LIBRO CUARTO

Nos es imposible publicar el
editorial de esta plana

Los estudiantes del Magisterio de Madrid

Días pasados quedó constituida la Asociación Oficial de Estudiantes del Magisterio, de Madrid. La noticia nos ha producido gran satisfacción. Nosotros, que hemos seguido los trabajos de estos compañeros y hemos visto el gran número de dificultades que encontraron para realizar su idea, consideramos la constitución de esta Asociación como un triunfo de los compañeros del Magisterio.

Nos complacemos en publicar la Junta directiva elegida:

Presidente, Antonio Rubio; Vicepresidente, Alfonso Aumente; Secretario, José Villagrasa; Vicesecretario, Hoyos; Vocales: Miguel Antón, F. Cacharro, Amós Illana y Lorenzo Pozas.

Ventana al río

(FRAGMENTO)

por BENJAMÍN JARNÉS

A las tres de la tarde hurgábamos respetuosamente en las cenizas del pasado, con la eficaz ayuda del doctor Ropón, sesudo catedrático, siempre alejado del momento actual por espíritu de disciplina. No hurtaba a sus funciones didácticas ni un gramo de su cerebro, hasta el punto de lograr una exacta adaptación de su dócil personalidad a la fisonomía de cada época en estudio. Durante las Cruzadas, su sensibilidad se derretía en hilos incandescentes de panegírico, capaces de enlazar a los alumnos con la enjuta figura de Pedro el Ermitaño. Durante la edad arriana le consumía la llama de Nicea, y en la época de Lutero, la brasa de la aséptica Inquisición. Unas tardes veíamos en él a Tertuliano, otras a Alejandro VI; unas, a San Pablo, y otras, a Augusto Nicolás. Cuando estudiaba el enacimiento, cesaba todo chisporroteo apologético y acompañaba su voz al puro ritmo de Apolo, salpicando su lección de alusiones a todos los dioses del Olimpo resucitados por los sumos pontífices artistas. Aunque jamás evocó ninguna hembra divina: sólo Atenea mereció una rápida mención. Y todo el resplandor del siglo de Pericles era para el doctor Ropón "una pálida alborada, si se compara con el celeste fulgor que destella el rincón más oscuro de las Catacumbas". En el rafagueo de las pupilas del doctor Ropón, en el ritmo de su mímica de turno, podíamos conocer, sin oírle, qué siglo de la historia de la Iglesia aguardaba su autopsia sobre el mármol. Durante los primeros siglos, la actitud del doctor Ropón era rígida, ascética; como era melíflua y ondulante en el siglo del Rey Sol. Conocía bien la gama sensitiva que va del apóstol al abate, del Cenáculo al Triánón.

Precedía al silencio ritual una media hora de jovial zarábanda, en la que bailoteaban consultas a gritos, disputas, anécdotas y carcajadas. En aquella cruda sinfonía abrían alguna vez un calderón las gafas hurañas del inspector, que surgían colgadas del dintel, husmeando vanamente en el tumulto, pretendiendo atrapar al alumno más díscolo para otorgarle la investidura de caudillo. El inspector quería, como el representante de un código penal cualquiera, ver en el vértice de toda Babel una cabeza de motín, para descargar sobre ella todo el peso de la disciplina. Pero solía fatigarse inútilmente. Por cierta saludable inconsciencia colectiva, se iba logrando un evidente nivel en la altura y espuma de los gritos. Junto al colegialito mudo que repasaba vorazmente la lección, brotaba la voz de un frenético desaplicado que allanaba con su inquietud la zanja abierta por el silencio del camarada. Las inútiles

gafas huían, vencidas, como abandona el atril un director a quien abrumba la total violación de una partitura.

Como otras tardes, cansado de bracear en el tumulto, salté de mi pupitre y fuí a sentarme en el alféizar de una gran ventana abierta sobre el río, bella atalaya desde donde, vuelto de espaldas al texto y al aula, podía curiosear en un largo trecho del pretil. Era aquella ribera, en las voluptuosas tardes de otoño, punto de cita de todas las pasiones bendecidas y claras de Augusta; como en las noches desapacibles de invierno lo era de todas las contrariadas y turbias. Por aquella parte la ciudad ofrecía entonces su costado más feliz. El Moncayo dormitaba y con él todos los desgredados geniecillos del catarro, y el buen sol iba empujando hacia el pretil a un copioso lote de futuros repobladores de Iberia. Había parejas eleácticas y heraclitanas, extáticas y dinámicas. Unas se recostaban en el barandal de piedra, y otras describían largas líneas paralelas a la corriente. Llegaban de la catedral mendigos y canónigos, unos del zaguán y otros del coro, comentando el precio del vino o el último decreto de la Sagrada Congregación de Ritos. También cruzaban la avenida empleados y hampones. Surgían pocas discrepancias en los diálogos: las ideas perdían todas sus aristas, y cada una brotaba allí como tornasolada pompa de jabón. Aquella hora tan suave era capaz de convertir la más negra conjura en un proyecto de lífara campestre. Los mismos guardias, al llegar al pretil, se veían obligados a desarrugar el entrecejo profesional, y uno al otro se ofrecían pitillos y postales decomisadas.

Y el Ebro —buzón definitivo de todas mis cartas a continentes inexplorados— iba renovando lentamente sus colores, bajo mi lírica atalaya. El fiel amigo se alejaba indiferente, muy ajeno a la contemplación de que era objeto por parte de ocho pescadores de caña, un colegial aturdido, diez parejas de amantes, tres ancianos pensativos, veinte mozuelos ociosos y un perro. Yo recordaba la larga cadena de estrofas escritas en loor del río, a lo largo de muchos siglos de fiestas del Gay Saber y Juegos Florales. Sobre el Ebro fué cayendo una lluvia tenaz de rimas asonantes y consonantes, latinas y vernáculos, épicas y líricas.

—*Et nitido coelo et cephiris, arisque beata!* —exclamaba un alumno, trémulo de examétrica emoción, ante la feraz ribera. Y otro declamaba:

“¡Canta la gloria, oh río,
de Iberia prepotente!
Tú, de su poderío
viste el cetro empuñar, alta la frente,
erguido el pecho indómito y valiente.
¡Canta la gloria, oh Ebro,
mientras yo te requiebro...”

Pero allí se tropezaba con el resorte de la risa. Era en la clase de Retórica. El “requiebro” saltaba de modo tan previsto en los diccionarios de la rima, que su aparición era recibida con una general carcajada. Era ver llegar al muñeco, cuando se oprime el botón. Lo mismo sucedía con cualquiera de las innumerables flores “mustias” de que estaba llena entonces nuestra juventud. La puntual “angustia” era recibida con un desaforado júbilo. Conocíamos ya todas las sorpresas de aquel arsenal de endecasílabos, vivero común de odas para veladas y cuartetas para abanicos. Cada voz arrastraba fatalmente a su hermana gemela. Allí el soneto o la silva se elaboraban por leyes de atracción universal, independientes de todo sentido lírico. No hacía falta lira, ni siquiera gramática, sino un buen catálogo.

Yo, en desagravio al Ebro, solía recitarle fragmentos de una larga oda confidencial, sincera, de leal camarada. Al cruzar el pretil, durante los paseos del domingo y del jueves, solía aumentar su caudal de espumas con una nueva estrofa. He aquí algunas de aquella tarde, agrupadas bajo el título ritual de “Letanía sobre el pretil”:

“Ebro, mi fiel amigo: Por tus lecciones de perenne inquietud, recibe mi saludo de discípulo.

Los niños se acercan a jugar con tus barbas, y deslizan en tu seno sus barquitos de papel. Sea mi emoción sobre tus ondas otro risueño barquito.

Voluble amigo: Nada recuerdas de los locos que en ti se anegaron, ni de los febriles que se besaron en tu pretil. También de mí borraste los viejos signos, y de ti aprendí a esperar la emoción nueva.

Viejo amigo: No conoces posada ni amor duradero. No besas dos veces el mismo muro, ni reflejas dos veces el mismo rostro. Desdeñas a Narciso y eres hermano de Ariel.

Olvidadizo amigo: Archivo andante de siglos. Ves llegar con igual desdén a Carlomagno, a María de Nazaret y a todas las bella sombras que te surcaron en las góndolas de la leyenda.

Voraz amigo: Engulles las serpentinadas de agua que rayan los montes, y los curvos regatos que se enredan en las raíces de los chopos. Te nutres de mil pequeños proveedores como cualquier ambicioso acaparador.

Implacable amigo: Un día, en tus riberas, unos hombres aseñaban a otros en nombre de Jesús. Otro día, en nombre de Júpiter. Atro, en nombre de Alah. Cada nombre hacía brotar mártires innumerables. Tú devorabas sus cenizas con igual apetito.

Ebro, mi fiel amigo: Un día mi alegría electrizó tus ondas, y creí verte reír. Me enseñaste, en pago, la ciencia de olvidar.

Dócil amigo: Mi risa fué brincando sobre tu lomo florido de espuma, hasta el fondo del mar. Por ti me sentí un día enlazado al corazón del mundo.”

Decrecía el alboroto en el interior del aula. Las brechas de silencio se iban ensanchando sobre los textos abiertos. Al llegar el doctor Ropón, sólo quedó de la algazara un eco vago, unas sílabas desgajadas de algún chiste malogrado, la roja serpiente errante de una procacidad. Yo abandoné mi atalaya. Tras el catedrático se cerraba la puerta, segando el haz de murmullos que llegaba del claustro. Y, ya en pleno silencio, se refunfuñaban las preces del rito invocando al divino Espíritu. El doctor Ropón tomaba asiento, y requería el concurso de un alumno para las excavaciones de la tarde. Yo temía siempre ser llamado, no por temor a repetir una página leída precipitadamente momentos antes, sino por la anulación mental a que empujaba la tediosa conferencia. Era preciso suspender todas las funciones de la inteligencia. Se dejaba abierto el grifo del énfasis y se desenrollaba la cinta oportuna donde quedó grabada fugazmente una trivial anécdota papal. La fantasía quedaba acurucada en un ángulo del cerebro, plegadas las alas, esperando la grieta de luz para lanzarse al aire libre. Por eso, al tañido de la campana, sentíamos siempre un gozoso desperezo. Se incorporaba el espíritu adormilado, la fantasía rompía todos sus muros. (Entonces a la fantasía le brotaban alas, menos cuando se desbocaba, porque entonces usaba freno y riendas. Era un ángel, si su vuelo era dócil a un místico ritmo; y potro indómito, si su vuelo era rebelde. He aquí nuestro bagaje metafórico de la fantasía, en aquel tiempo.)

El doctor Ropón descendía, al fin, de la tarima; y, rumiando alguna frase memorable, salía del aula seguido del tropel de sus alumnos (1).

La libertad civil

“La causa de la libertad civil no debe abandonarse ni por una ni por cien derrotas... Si hay algo que el pueblo no debe abandonar nunca en otras manos que las suyas, este algo es la defensa y la conservación de su libertad... Temo que no comprendáis el peligro de limitar la libertad del pueblo. Para un Gobierno siempre será mejor extremar la tolerancia que hacer nada que pueda interferir o reducir los derechos del ciudadano.—ABRAHAM LINCOLN.

Este número ha sido visado por la censura

El castigo del Avila

(Cae la tarde. El sol bruñe las copas de los árboles, en el gigantesco y paternal monte Avila. El Poniente se tamiza al través de los follajes. Bajo la cúpula de los tamarindos, la profusa pompa de los cotoperices y la esbeltez de las marías, el bosque extiende sus galerías profundas, en donde flotan claridades o sombras verdes. Un hombre aparece en el bosque. El traje en hilachas, las manos en crispatura, los ojos en pavor, el pelo en greñas. Aquel rostro meduseo tiene en la expresión algo bestial. Por el hocico trompudo, las anchas fosas nasales, los pequeños ojos inertes y la chatura animalesca de la frente, titubearía quien divisara la aparición, antes de decidirse a afirmar si aquella extraña figura es un hombre con cara de cerdo o un cerdo con cuerpo de hombre. Aquel monstruo, mitad bestia, mitad bandido, que "lo mejor que tiene es la figura", es Juan Vicente, el Traidor. Pálido, sudoroso, recuéstase de un árbol.)

JUAN VICENTE, EL TRAIADOR

—Desde la aurora corro, huyéndole a los hombres, por las breñas del Avila. Ya me postra el quebranto. Los pájaros me increpan con injuriosos nombres; y los torrentes rien de mi angustia y mi llanto.

Busqué asilo en los montes; y más que las ciudades el monte, que a las víboras da asilo, me es hostil; asumen voz los árboles a enrostrarme maldades; me oculta su agua el pozo, para el zapo soy vil.

Piedad, Señor, procura que mi cuerpo repose, que a mis labios uo niegue sus cristales el río, en mi cuerpo, hecho úlceras, que tu dedo se pose; y da paz a mi espíritu. Piedad, piedad, Dios mío.

(El árbol sacude una rama y golpea el rostro al traidor.)

EL ARBOL

¡Piedad imploras! ¿La tuviste cuando hacías de victimario y cada monte convertiste en Calvario?

¡Piedad imploras! ¿La tenías con los presos que atormentaste en tus obscuras gemonías y mataste?

¡Piedad imploras! ¿Por ventura la sintió tu alma de hierro, cuando echabas a sepultura o a destierro?

(El árbol golpea de nuevo a Juan Vicente en el rostro y prosigue apostrofándolo.)

—¡Y quieres dicha! ¡Y quieres calma! Sal de aquí, malvado traidor, y sepan tu cuerpo y tu alma de dolor.

(Juan Vicente echa a correr, azotado por los árboles. Cada rama le cruza el rostro, o percude las espaldas del traidor y deja un cardinal. Los arroyos, al ver la carrera desatentada de Juan Vicente, se precipitan de las cumbres, desternillándose de risa. Los pájaros lo silban.)

EL VIENTO DICE:

—Corre, corre, Juan Vicente; yo te enseñaré el camino...
(Y ante el pálido demente se transforma un remolino.)

EL MUSGO DICE:

—Reposa sobre mi espalda de tu zarabanda loca...
(Y la grama de esmeralda se convierte en dura roca.)

EL POZO DICE:

—Haz un vaso de una hoja y bebe mi linfa clara...
(Y se trueca en sangre roja que mancha el traidor la cara.)

(Juan Vicente cae de rodillas, se pone a llorar, pide perdón a los seres y a las cosas; pero traidor y malvado como es, piensa inmediatamente en engañar a las cosas y a los seres con palabritas de miel, para después echarles la zancadilla y exterminarlos. Entretanto, una banda de monos, desde las copas de yagrumos y araguaneyes, lo encarnece.)

LOS MONOS

—En el palacio servías de lavapiés al magnate; si escupía era en tu rostro, si violaba era a tu madre; feliz de sus preferencias, tú reías, tú engordaste.

El señor sintióse enfermo, corrió al médico, a la calle; y tú, cerrando la puerta, de señor te disfrazaste; pero la gente se burla del disfraz y va a zurrarte.

Tu amigo duerme: aprovecha, corre el puñal a clavarle; oye aquel secreto: véndelo; mira aquel huérfano; engaña. ¡Cómo en alma tan pequeña tanta sombra acumulaste!

¡Mata el cocuyo: ilumina!
¡El cedro es erguido: abátele!
¡El arroyo canta y ríe, que no ría, que no cante!
¡Viva el topo! ¡Muera el águila!
¡Y para el trino, la cárcel!

Arranca la flor de oro del araguaney de jalde; escamotea las nubes de oro y plata de la tarde; ¿dónde viste plata y oro, bandido, que no robes?

Ahórcate, Juan Vicente, en las ramas de los árboles; secunda "en verde patíbulo" tantos y tantos cadáveres de tus víctimas, que péndulos se balancean al aire.

(Juan Vicente, cuyo corazón se comparte entre sentimientos de pavor y de maldad, tiembla de pavora, y pide piedad con lágrimas en los

ojos y en la voz, para mover a compasión; pero en el fondo sueña en vengarse. El Traidor cree que los monos, a los que escucha sin ver, son seres humanos, enemigos invisibles.)

JUAN VICENTE, EL TRAIADOR

—El Odio sus lebreles me azuza. El Nazareno no sufrió más injurias, ni apuró más veneno, ni vió en su blanca túnica más estrellas de cieno.

Ya mitridatizado por tósigo de insultos, recibo, indiferente, del odio los singultos. Mas, tantos desafueros, ¿se quedarán inultos?

¿A mi lesivo lecho de sierpes me acomodo?
¿Respiraré con gusto la atmósfera de lodo,
como el nauta la ráfaga de salitre y de yodo?

No. Pero ya en mi ánima condené a los bandidos. Ya espectros me parecen de su huacas salidos; y sus macabras burlas, cosas de tiempos idos.

(El Traidor gira la vista en su torno, contempla el Avila nemoroso y refunfuña.)

—Y este brujo monte infame,
donde el saman me vapula y me silba el dios-te-dé,
y no hay piedra que con nombres injuriosos no me llame,
lo arrasaré!

(Las Hamadriadas lo escuchan. Abandonan la corteza de los árboles donde habitan y maldicen al traidor.)

LAS HAMADIADAS

—¿De nuestros hermanos el agua y el viento y el musgo te quieres vengar?
¿Y nuestros palacios: saman corpulento y ceibas pretendes tumbar?

Escucha: impotente, ladrado de perros, de todos maldito serás;
y hambriento y errante por áridos cerros, los buitres por tumba tendrás.

(Juan Vicente, el Traidor, olvida sus pujos de venganza, escucha aterrado la maldición de las Hamadriadas, pide perdón, en vano, y echa a correr de nuevo por entre el Bosque; pero tropieza y rueda por tierra.)

JUAN VICENTE, EL TRAIADOR

—Señor, el profético insulto
silencia, silencia el tumulto
de mi angustiado corazón;
ya no más saliva en mi frente,
ya no más crujidos de diente,
ya no más castigo. Perdón.

LAS HAMADRIADAS

—Que entre el fango, de noche, muera,
acosado como una fiera,
cubierto de moscas y horror;
que la mísera ánima exhale
como miasma pútrido sale
de un pantano.

JUAN VICENTE

—Piedad, Señor.

(La noche ha caído. Juan Vicente, bajo el desprecio universal, corre un poco más y se pierde, se pierde en la sombra.)

R. BLANCO-FOMBONA.

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

Deportismo y energética

Las ideas de Montherlant

POR GUILLERMO DE TORRE

(Continuación.)

6

Figura dualista, atractiva y desconcertante la de Montherlant —resumiríamos después de este rápido desfile ante sus teorías—. Hay algo en él que nos atrae con simpatía coetánea: su fervor sincero, sus prédicas optimistas, su glorificación del músculo. Y hay también algo que, por el contrario, si no nos repele, nos incita, al menos, a la sonrisa escéptica y casi a la carcajada burlona: aludimos a su orgullo desencabritado, lindante con la vanidad pueril, a su espíritu bélico —mal residuo de la guerra—, y especialmente a su ingenua y entusiasta taurofilia. Pues Montherlant adora esta descolorida fiesta española y ve en ella un paralelo del “sport”, una suprema aplicación de la energía. ¡Candorosos espejismos de la distancia! Desde la lejanía, como tantos otros extranjeros —los precedentes son innúmeros—, Montherlant sólo acierta a vislumbrar lo que hay de bello, coruscante y espectacular en el arte de la tauromaquia: el sol desbocado, los caireles fulgurantes, la multitud sacudida por trombas epilépticas y los desplantes del lidiador temerario. Mas él —¡como tantos otros!— no adivina la debilidad interior que se agazapa tras ese aparente derroche vital; no ve cuán enorme caudal de energías perdidas desemboca todas las tardes en las plazas de toros. Y, sobre todo, ignora la desagradable secuela, la infamante estela de la pandemia taurómaca: el flamenquismo, o sea el alcaloide de la jactanciosidad necia, la estocada al aire. De ahí que —sin necesidad de reeditar las prédicas de Eugenio Noel contra la pandemia taurómaca— no podamos evitar una sonrisa burlona al comprobar con qué gesto “épatant” este púgil del verbo —el único pugilismo admirable, en fin de cuentas— brinda su entusiasmo a los toros, y aún visita España, atraído principalmente por la leyenda flamenca meridional.

Mas no exageremos nuestro gesto hostil: la taurofilia de Montherlant, a fuerza de incauta y convencional, nos parece inofensiva y perdonable. Su taurinismo está exento de flamenquería. Ya que lo que este escritor gusta de esta fiesta debe ser —si no nos equivocamos al recordar una conversación con él mantenida— la lección energética que brinda, el gesto despectivo del lidiador ante la muerte, la vibración unánime de los cosos taurinos, semejante a la tensión expectante de los estadios y al alma colectiva de las catedrales. Montherlant —seguimos intuyendo más que transcribiendo— ve los toreros como profesores de energía (1) y concibe el ruedo como una plural escuela deportiva. De ahí que en alguna ocasión, al describir una pista y unos jugadores de “foot-ball” traslade al sport la terminología taurina —“el terreno de la verdad”, dice uno de sus “Onze”— nivelando ambas luchas al mismo nivel olímpico.

7

El peligro que pudiera existir en su apología inmoderada del sport, esto es, el llegar a hacer de él un fin, cuando solamente debe ser un medio, ha sido rehuido a última hora acertada y lúcida. “El cuerpo —dice Montherlant— debe funcionar del mismo modo que el espíritu, el alma, el corazón, la carne, a fin de que uno pueda realizarse totalmente”. Así cuando Peyrony —el futbolista ju-

venil, héroe del diálogo olímpico "Les onze devant la porte dorée" —está en peligro de caer completamente del lado del sport, desdeñando los imperativos de la vida y de la cultura espiritual, su interlocutor, el "medio centro" del equipo —en quien podemos reconocer un "sosías" de Montherlant—, le apostrofa de esta suerte: "Yo he querido introducir en ti el amor del cuerpo a fin de que balances con él la vida del espíritu, lo que hubiera sido hermoso. Hubo un tiempo en que realizaste esa armonía; y en ese tiempo yo te dije: Ahora sabremos nosotros lo que es la edad de oro. Pero después se ha deshecho la armonía. El cuerpo ha basculado de un lado arrastrando todo el resto. O bien, es como si hubieses trepado de una sola vez la cuesta hasta la cima deseada, pero el impulso inicial te arrastra y te deslizas por la ladera contraria". La imagen es exacta y verídica como un espejo: véase en él ejemplarmente toda esa nueva generación deportiva que en todas partes está amaneciendo, y que si bien obró impulsada en un principio, por lo que vagamente se designó con el apelativo de "cultura física", ahora se halla completamente abismada en el sport rutinario y frívolo, sin darse cuenta de su valor complementario, habiendo relegado a un plano secundario la vida del espíritu, que será preeminente siempre.

"Eres inteligente —seguía diciendo el "medio centro" socrático, adoctrinador del adolescente Peyrony—, pero voluntariamente cerrado a todo lo espiritual, lo intelectual y sentimental de la vida". Luego, el atletismo físico por sí solo, la energética en bruto —y esta es la lección más jugosa que podemos extraer de las precedentes teorías— en modo alguno podrá ser nunca una norma suficiente de vida si no se acompaña del necesario fermento espiritual.

"Lo material no es más vida ni menos vida que lo espiritual", aventuraba Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*, al afirmar los valores vitales. Pero así como "la cultura no puede ser exclusivamente regida por leyes objetivas y transvitales", tampoco creemos que la vida pueda ser gobernada por normas únicamente terrenas, que den un predominio avasallador al cuerpo sobre los fueros del espíritu insubordinable. Deportismo, sí; pero deportismo del espíritu al mismo tiempo que deportismo del cuerpo: he ahí la meta conjunta hacia donde deben apuntar sus afanes las nuevas generaciones. ¡Que ambos imperativos, el vital y el espiritual, se entrelacen rítmicos en el alma de los jóvenes, risueñamente energéticos, dotados de un puro y jovial sentido deportivo de la vida, y capaces, por tanto, de realizar las más graves faenas con un aire de juego, nivelando así su robustez altética con su potencia mental!

EL GLOBO. LA COMETA.
LA VOZ DEL VENDEDOR.
(Poema de juguete.)

EL GLOBO

Si yo fuera un globo grande
tú serías mi barquilla.
Tú, cometa olorada.
Con cinco estrellas viajeras
que te rindiesen escolta.
Tú, cometa colorada,
del cielo reina y señora.

LA COMETA

Si yo fuera una cometa
del cielo,

tú mi lucero serías,
globo a la tierra sujeto
que has de desinflarte un día
entre unas manos pequeñas
manchadas de caramelo.

LA VOZ DEL VENDEDOR

Para el nene y la nena,
globos a treinta céntimos!
Los seis,
formados en embudo,
tres, dos y uno.
Para pasar el cielo,
por lo estrecho primero:
al revés,
uno, dos y tres.
Metraje interminable.
Lo agudo lleva todo
el cielo por delante.
La pieza azul de humo
se desdobra en el aire.
La pieza azul de humo
que se traga el embudo,
¡que se traga el embudo
al revés!
Uno, dos y tres.
Luna grande, luna grande.
Luna de hojaldre.
Los Aviones irán
a picarte.
Luna grande...
Luna de hojaldre.
Y al que se quede atrás
le tendrán los demás
por cobarde.
¡Divertido partido
de pelota en el aire!
Las alas victoriosas
en el polvo dorado.
¿Luna?
¿Luna grande?...
¿Y la luna de hojaldre?
Irá primero el más ligero,
el que antes se duerma
en los brazos del viento.
E irá tan lejos...
donde sólo esté él.
Los adioses se habrán
tornado a sus pañuelos.
E irá tan lejos...
Acaso llegue a otro
Olimpo verdadero.
Tan lejos...
que cuando quiera entrar
habrá cerrado el mundo
la mano del portero.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

(Anticipaciones del libro *Poemas del Aire*.—Octubre-noviembre 1925).

EL ESTUDIANTE está recibiendo infinidad de cartas con motivo de su reaparición, cartas, muchas de ellas, que merecen una cordial respuesta. Es tan grande, sin embargo, el trabajo que agobia a la Redacción de esta Revista, que se ve obligada a aplazar aquellas respuestas para la ocasión en que, más libres de ocupaciones, pueda dedicarse a tan agradable como obligada tarea.

U N A M U N O

Iberismo. Universalidad.—Don Miguel de Unamuno es vasco. Este fondo norteño hace de él un hombre concentrado y ensimismado. Ningún español de las últimas décadas ha tenido tan profundo oleaje interior. Carlyle —escritor, historiador, a quien Unamuno tiene bastante amor— le ha dado amplitud y retórica en este sentido. No es Unamuno ni tan patético ni tan predicador como Carlyle. Le falta quizá el "cant". Unamuno, en esto, es ibérico. El puritanismo en España se llama quizá intolerancia. Es, sin embargo, como el autor de *On the Heroes*, fuerte y vidente. Es un visionario y es un poeta. No importa que uno escriba libros de historia y otro ensayos filosóficos. La forma exterior es lo de menos. Hay entre ellos diferencias. Mientras Carlyle se nutre, sobre todo, de cultura germánica, Unamuno propende al calvinismo. Unamuno, agarrado fuertemente al terruño hispano, ha vibrado múltiples veces a un soplo de universalidad.

Contradicción. Firmeza.—Lo del hombre —ha dicho don Miguel, con sentencia inapelable—, no es tener razón; lo del hombre, es tener verdad. Quien tiene verdad, quien tiene una verdad tan sólo, abarca y ciñe el Universo. Lo otro, la palabrería, el convencimiento razonable, exterior, es la peor forma de la frivolidad. Puede afirmarse que, cuando un hombre empieza a tener razón, deja de tener verdad. Nadie más cuidadoso que Unamuno de la verdad, de su verdad. Ella ha sido toda su vida. Ha sido, unas veces, como alegre compañera, y ha sido, otras veces, carga demasiado pesada. Ha sido la conciencia despierta de España. Este español ha sido, tal vez, el último español vital. El último que de la conciencia hizo un problema vital. Marino que ha sondeado todos los mares del pensamiento, su ancla se ha hundido en todas las profundidades. Ha sondeado con ojo avizor las más cerradas tempestades, y entonces su profunda visión ha hecho la luz. Unamuno, espíritu firme, espíritu contradictorio, foro vital que han azotado todos los vientos, tu luz brilla todavía, y brillará en la Conciencia del Tiempo.

Idea del Tiempo. Conciencia de lo Perviviente.—La idea del tiempo es la más angustiosa de las ideas. Trae y lleva nuestras inquietudes sobre la perduración, sobre la perennidad de vosotros en el Universo. La trágica pregunta shakesperiana vuelve al compás del péndulo. Nuestra inquietud vuelve una vez y otra vez. Y esta inquietud hace durable nuestra obra. Lo que pasa es lo que queda. La frivolidad, por el contrario, es lo que no pasa, es lo quieto. La imagen de la frivolidad es quizá, por esto, el espejo. La imagen contraria, alterada, es la precisa imagen de lo perviviente. Todos los escépticos son excépticos del valor del tiempo. Sus angustias no son las angustias de la perdurabilidad. Son las angustias del vacío, de la oquedad. La angustia del que ha hecho un dogma de las formas exteriores. Naturalmente, a veces, en su vacío también resuena la voz de la Eternidad. Y sobrecoge al Espectador. La frivolidad no es un pecado en sí. Es, tal vez, algo peor. Es quitar al hombre su dignidad humana, que es su dignidad de Dios. Convertirle en un pobre muñeco, a merced del viento que pasa.

Soledad. Soliloquio.—En Salamanca don Miguel ha ido oyendo las horas que pasaban. Don Miguel no es aficionado al diálogo. Toda su obra es un monólogo —el monólogo de la soledad. Por su obra pasa hasta la soledad de los astros. El silencio pitagórico—, aunque Unamuno es un gran conversador— ha hecho de él un individuo de excepción. Lo otro no es Unamuno. A veces don Miguel conversa —en su libro, *Soliloquios y Conversaciones*, Unamuno transcribe algunas conversaciones—; pero el conversador, que es el otro, es de poco bulto, se le ve demasiado poco. El soliloquio unamunescos sigue en estas conversaciones. Le sigue obsediendo Ibsen, el gran solitario; la sombra de Kirkegaard vuelve a pasar por estas páginas. ¡Ah! Y Roberto Barús, otro espíritu de excepción, otro espíritu de elección, nacido allá en Escocia, donde nació también Roberto Luis Stevenson. Cuna de solitarios, cuna de alucinados. Las razones de su contrario, el racionalista —hablo, naturalmente, del contrario de don Miguel— ¿no parecen escritas contra aquel vidente, de tipo puritano, que se llamó Tomás Carlyle, —espíritu que tiene todas las tempestades, todas las borrascas del espíritu nórdico. Historiador y profeta —cantor de los héroes, héroe él mismo—. Desde Oliver Cromwell el puritano, a Federico el Grande, pasando por Barús, solitario, y por Lutén, imponente. Todo esto que es sino soliloquio, el soliloquio de la soledad, el áspero soliloquio de la conciencia?

La gota que cava la piedra.—Gota a gota, Unamuno ha horadado la piedra de la dureza española. Este vasco derrama cordialidad. Nadie ha sentido el dolor humano con las trágicas proporciones del teatro griego, como él. Nadie ha hecho más cóncava su voz. Hora tras hora, minuto tras minuto, en la soledad salmantina, Unamuno ha ido cavando, al compás del tiempo, la piedra de la conciencia española. Esta trágica perduración la ha sentido don Miguel de Unamuno, en horas en que la sombra de Kirkegaard, pastor protestante, se ha proyectado hasta su soledad. En cuantas de sus páginas hay un contraste de luz y de sombra que evidencia el paso de la Eternidad. Hora tras hora, minuto tras minuto, con un rumor constante, don Miguel ha labrado la piedra miliar de España. *Gutta cavat lapidem.*

VISADO POR LA CENSURA

JAIME IBARRA.

28 octubre 1925.

LA FUNCIÓN DEL ALKÁZAR

El jueves de la pasada semana, según quedaba anunciado en la Prensa diaria, tuvo lugar la función organizada por esta Revista. La función, en cuanto a espectáculo y a concurrencia, fué un éxito completo. Esto, por otra parte, estaba descontado, dada la calidad y lo escogido de los artistas que en ella tomaron parte. A ellos va nuestro agradecimiento y nuestra felicitación, muy efusiva.

Al mismo tiempo que hacemos pública esta manifestación, queremos hacer otra: Organizar funciones, no entra en el programa de este ESTUDIANTE. Pueden, por consiguiente, estar tranquilos nuestros amigos y nuestros enemigos. Los primeros, porque cesará con esta declaración su alarma ante la desviación que supondría de nuestros firmes propósitos universitarios y culturales dedicarnos a una actividad artístico-teatral, en grado sumo respetable y loable, pero que cae fuera de nuestras posibilidades. Los segundos, por si temían que nos hiciéramos plagiarios de una forma de actuación tan legítimamente suya. Organizar veladas teatrales siempre ha sido tarea de "Luises". El plagio, aparentemente, es innegable. Pero aparentemente nada más; porque lo verdaderamente característico de esta santa institución es organizar funciones malas. Sin este último requisito pierden su sello personalísimo. La nuestra, por el contrario, ofrecía un alto nivel artístico, y al renunciar a ella, lo hacemos, repetimos, por incompetencia, no por desdén. De todas maneras, los "Luises" pueden estar tranquilos, porque de ahora en adelante no habrá ni siquiera posibilidad de equívoco.

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará asimismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

Proyecciones de América

“El nacionalismo continental”

Por vez primera un joven escritor americano viene a hablarnos en un lenguaje diáfano, sincero y arrostrado —tan lejos de la huera solemnidad prosopopéyica como de los ficticiamente halagadores tópicos hispanoamericanos—, sobre los problemas medulares que a la hora presente agitan su patria chilena, y, en general, todo el continente americano. Las cuestiones más complejas, aquellos aspectos cuya apariencia es nebulosa, por hallarse presos en una malla de intereses contradictorios, pierden su obscuridad sospechosa y se hacen netos e indubitables al ser afrontados por Joaquín Edwards Bello con una desnudez de estilo y una valentía de criterio verdaderamente insólitos. No hay nada en este libro, rápido y vibrante, de la farragosis congénita y del equilibrismo ambiguo que esteriliza tantos libros políticos de escritores suramericanos. Todo aquí adopta un aire suelto, franco, fluido, de una sinceridad y una espontaneidad persuasivas. Libro hecho de verdades certeras, agudezas relampagueantes y “boutades” incisivas. Tímido —aparentemente— y orgulloso, al mismo tiempo, como su autor, que se repliega un instante en su enteriza reserva, para luego hendir el aire con un cohete certero, chisporroteante de luces paradójicas. “El Nacionalismo continental encierra, en menos de doscientas páginas, la doctrina densa de un tratado de cuatrocientas. Cuatro capítulos le bastan a Edwards para trazar una apretada síntesis panorámica del estado social y político de su patria. Y aún le restan páginas para desenrollar amenos films de corto metraje: cuentos locales y rápidas crónicas de viaje.

Al margen de su valor literario, pocos libros encontraremos tan jugosos de substancia y tan nobles en sus propósitos como este de Joaquín Edwards sobre “El nacionalismo continental”. Esta idea amplia, lúcida y generosa, constituye la espina dorsal de sus intenciones. El gran sueño de Bolívar, la magna idea de una vasta federación americana, de la Gran Anfictionía soñada por el Libertador, adquiere, a través de las escuetas verdades reveladas por Edwards Bello, una dramática emoción actual. Frente al espíritu particularista, al ideal secesionista que empequeñece todas las Repúblicas suramericanas y las va convirtiendo en propicias feudatarias de la avasalladora oligarquía yanqui, sólo cabe una agrupación colectiva, una fusión de anhelos e intereses —tal como preconiza Edwards—. “Todo se ha diluído —viene a corroborarnos este autor— con la separación en republiquillas sin influencia en el concierto universal, sin importancia decisiva, en un opaco rol de consumidores y mano de obra, ideal e industrialmente a remolque de la civilización.”

Cuestión sumamente interesante, enfocada en este libro desde un ángulo intacto, es aquella en que el autor, planteándose la pregunta de si el norteamericano es superior al iberoamericano, examina las causas de la grandeza del pueblo yanqui, y, paralelamente, los motivos por los cuales América del Sur no ha adquirido su grandeza correspondiente. Edwards niega, en principio, que los norteamericanos sean superiores a los hispanoamericanos por sus virtudes intrínsecas, sino más bien por aquellas cualidades que poseen, desarrolladas en grado superlativo: espíritu colectivo y disciplina. “No creemos que nosotros, chilenos, seamos ni más ni menos buenos o eficientes que los norteamericanos; lo que hay es que actuamos dentro de escenarios fatalmente empequeñecedores; ellos están formando parte del organismo que devora y nosotros del organismo devorado.” La grandeza de una nación, políticamente, no reside en sus valores individuales, sino en su potencia colectiva; es ésta la que logra sacar a flote las personalidades representativas. Por ello Edwards afirma lúcidamente que “no es grande Edison, sino Norteamérica; no es grande Ford, sino Norteamérica”. Y llega a esta certera sentencia epigráfica, cuya puntería disculpa su aire humorístico: “Es posible que el mismo Edison, de nacer en nuestra América, no pasaría de tener una tienda de bombillas eléctricas.”

Edwards, atacando otra cuestión fundamental, y en un capítulo de marbete suficientemente explícito, “América vasalla”, protesta vigorosamente contra la manumisión económica de su patria al capitalismo extranjero. Mientras cada vez se fragmentan más y más las diez y ocho Repúblicas, “divididas por postes fronterizos, aduanas y murallas chinas de prejuicios”, estas naciones, corroídas de un suicida espíritu secesionista, van dejando escapar sus principales fuentes de riqueza. Así el caso de Chile —en estos momentos tan singular y descon-

soladoramente ejemplar—. En lugar de llegar a un arbitrio amistoso con el Perú, de neutralizar Tacna y Arica —o, más bien, de ceder esta última provincia a Bolivia, facilitando así su expansión hacia el Pacífico—, ha cometido la torpeza de entregarse a un impuro plebiscito yanqui. Pugnán los chilenos, infantilmente, por la posesión de unos terrenos de valor muy relativo y no elevan su protesta contra algo más vital y transcendente: la enajenación de su riqueza territorial. “Para los que alentamos —resume briosamente Edwards, tomando una actitud decisiva— un ideal de nacionalismo continental, el que esas tierras pertenezcan a Chile o al Perú, no nos conmueve. El estaño, el cobre, el nitrato, la fuerza eléctrica, tienen más importancia que esos secanos. Chile se ha gastado energías y millones para ganar el plebiscito, y, al mismo tiempo, ha entregado el estaño, el cobre y la dirección del nitrato a naciones extranjeras.” ¡Palabras fuertes, sinceras, de una auténtica verdad, que ningún otro chileno hubiera osado pronunciar!

* * *

Su cruda sinceridad, el “fondo insobornable” de Joaquín Edwards le lleva —acuciado por su anhelo nacionalista y por su afán de mantener puro el espíritu americano— a reaccionar contra el mimetismo, contra el espíritu imitativo, respecto a Europa, que esteriliza las fuerzas oriundas de aquellos países. Se alza contra la corriente extranjerizante, en general, que destruye el espíritu genuino y las posibilidades autóctonas chilenas. Fustiga ásperamente “la manía de hacer todo como en Europa” y “la actitud de sometimiento ciego y servil a todo lo europeo”. Y afirma irónicamente: “Llevar a Europa de vuelta arte de imitación, sería como llevarles a los ingleses un “dreadnought” de palo.” Sus tendencias nacionalistas, en lo artístico, coinciden, en líneas generales, con la corriente que amanece en las nuevas promociones literarias de Argentina, Uruguay y México. Como ellos, Edwards —chileno raigal, empero su larga aclimatación europea— defiende el anhelo de crear un arte autóctono, derivado de sus posibilidades regionales y con medios de expresión propia. Incitando indirectamente a la juventud conterránea, exclama: “Existe, sin duda, una América inédita y el mundo espera su revelación. Un grupo reducido de escritores regionales modernos se abre como una fucsia, como la flor que sorprendió al *viracocha* en el bosque virgen.”

Recordemos ahora que quien nos habla así, más que el articulista político y el vehemente polemista de “El nacionalismo continental”, es el autor de “El Roto” —la primera epopeya novelesca moderna del bajo pueblo chileno—, el mejor novelista genuino de su tierra y quizá el más dotado de posibilidades futuras. Mas, con todo, sus prédicas nacionalistas, en el sector literario, se nos antojan excesivas o imperfectamente planteadas. En un principio nos hallamos de acuerdo con el corolario estético de su nacionalismo americano, con la necesidad en que las nuevas generaciones se encuentran de explotar los valores autóctonos, los panoramas intactos y, en suma, la América inexplorada por la sensibilidad nueva. Pero de ahí a concebir únicamente un arte regional, rudo y elemental, que se desentienda de los estados de sensibilidad europea y de los nuevos medios verbales, va mucha distancia. Una cosa es la “materia” y otra la “forma” de la obra artística. Si la primera puede extraerse de la cantera indígena, la forma, el estilo expresivo, debe armonizarse con los latidos sincrónicos del espíritu universal. Y sucede que en Chile, hasta la fecha, las obras animadas por ese espíritu nacionalista son anticuadas en su forma, se resienten de tosquedad y resultan deficientes por sus medios de expresión anacrónicos, que responden a modas de otra época. Un ejemplo de ello está en la obra de novelistas chilenos autóctonos, tales como Baldomero Lillo, Mariano Latorre, que no pasan de ser unos “naturalistas” rezagados. Y, en cambio, novelistas menos preocupados de esa fidelidad al medio, como Pedro Prado, y especialmente Eduardo Barrios —cuyo delicado relato “El hermano Asno” puede ahora saborear el público español en la edición de “Calpe”—, realizan obras más acordes con el espíritu contemporáneo.

Mas no se crea que Joaquín Edwards adopta el gesto hirsuto de un irreductible localista. Al lado de obras como “El Roto” y de su serie de cuentos chilenos, tiene novelas de una técnica más suelta e impresionista, acoplada al ambiente cosmopolita de la narración —tal “La muerte de Vanderbilt”—. Su vibrante juventud, la fuerza caudalosa de su vitalidad y ese estado de “disponibilidad” espiritual permanente en que se en-

cuentra, sin aferrarse jamás a una idea o a un concepto, son las mejores garantías de su liberación próxima, de su evolución futura hacia un módulo literario en que se equilibren las sugerencias genuinas de su raza con medios expresivos modernos. Por ello no es muy temerario augurar y presentir que Joaquín Edwards Bello, con su novela próxima "El meteco desconocido" y sus "Cuentos de los Andes", alcanzará la cifra más expresiva y personal del nuevo arte novelístico chileno.

G. DE T.

A la sombra de Alá (novela)

Por Fernando Robles — Pról. de Marcelino Domingo

Un joven escritor mexicano. Su obra, *A la sombra de Alá*, calificada de novela, suscita en nosotros el deseo de conocer definitivamente, no el destino que le esté deparado a aquel género en el futuro, sino lo que es la novela en el presente, o, con más exactitud, la sensibilidad sobre la cual se asienta el nuevo concepto.

Observamos en los nuevos relatos una falta de dinamismo, una laxitud continua, traducida en las novelas por un regodeo especial en la pintura de paisaje. Este lo es todo. El fondo es más interesante, al novelista, que el más interesante de sus personajes, y queda ante nuestros ojos, como esencial, una sombra fija o extática, que dibuja su contorno preciso. El personaje gesticula muy pocas veces y la "trama", cuando existe, naufraga en un cúmulo abrumador —o encantador, según— de datos y descripciones. He aquí un arte construido por hombres de espíritu contemplativo, para un público asimismo contemplativo. Y he aquí un arte inmóvil —así un paisaje oprimido en una luz única—, hoy, precisamente, cuando la vida alcanza una pulsación vertiginosa. El hombre moderno desea abandonarse a la contemplación, como cansado, y no le interesa lo que hagan estos o aquellos personajes. Desea, sobre todo, ser ganado por un espectáculo en el cual la música, la forma y el color ofrezcan un conjunto halagador para sus sentidos. Por ello, sin duda, la novela moderna vierte en la lírica, alejándose continuamente, cada vez más, de la llamada novela psicológica, y por ello, también, sea el cinematógrafo —el nuevo arte—, el único, hasta ahora, que camina al compás del hombre moderno, satisfaciendo con su fantasía, exclusiva del cine, la sensibilidad del espíritu contemporáneo. Una sensación de sosiego nos proporciona este espíritu, en medio del movimiento cotidiano aceleradísimo; elude, indefectiblemente, el apasionamiento, y

gusta el alma moderna de llenar su ocio paseando sin exigencia, ambicionando "cosas" que no obliguen a esfuerzo alguno. Dígase lo que se quiera, creo que esto último es una "posibilidad" para todo artista. Es la hora de llevar al teatro, a la novela, al cuento, al poema, la mayor fantasía.

La obra de Fernando Robles corresponde a nueva modalidad del género, sin que por ello, entendiéndose bien, ascienda en sus páginas al mundo puramente imaginativo. Es muy fiel a la realidad —al paisaje—, y sólo logra fantasía y ensueño cuando rememora, en determinadas ocasiones, situaciones y circunstancias muy tramontanas. Y es, sin embargo, un libro lírico, cuya originalidad radica, precisamente, en la manera especialísima de ver y contemplar.

Fernando Robles se adentra en el Mediterráneo, por vez primera, y siéntese atraído por una margen llamativa del ancho río. En esta margen se aposenta unos meses y sobre esta permanencia, tan fecunda en sugerencias, Robles escribe su obra. Y escribe, como es visible, con gusto, recordando y soñando. Es innegable que acariciamos o maltratamos las cosas cuando las describimos. En esto consiste, sin duda, el placer de la descripción. Robles, desde París, ha experimentado aquellas voluptuosidades y ha tramado su libro enumerando gustosamente, en un estilo impecable, cuantas cosas ganaron los sentidos del pasajero, a orillas del mar. Americano, mexicano, Robles coloca, además, en sus descripciones, lo que supone para él, históricamente, el ambiente que le rodea por vez primera —tierra, mar y cielo—, y, amante de la Literatura francesa, ha dado a su libro —por el cual se desliza, lento, un episodio sentimental— un tono suave, como femenino, muy francés.

He aquí la novela de Fernando Robles, un libro de viaje, en suma, en el cual se enlazan muy lindas poesías en prosa. Se detiene muchas veces su autor, con una curiosidad ingenua, en lugares a los cuales no prestará atención el día de mañana, cuando su sensibilidad se haga más exigente. Es esto, en último término, lo que presta a la obra de Robles cierto cuerpo niño; pero es ello, a la par, una evidenciación del fuego del escritor americano, mexicano, el cual, no obstante su estilo contenido, muestra claramente un espíritu capaz de acometer una empresa de mayor riesgo.

Robles prepara ahora un libro sobre México, su país, y en esta nueva obra le deseamos franca y definitiva osadía. Muy fina sensibilidad muestra Fernando Robles en su primera novela; pero al hablar de México, en su próximo libro, gustaríamos verle con cierto desembarazo, libre y fiel, a la vez, a la lengua en que escribe.

E. S. y CH.

SECCIÓN PROFESIONAL

FRANCISCO VERA Profesor de Matemáticas Malasaña, 24	DISPONIBLE	DISPONIBLE
DISPONIBLE	DISPONIBLE	DISPONIBLE

Condiciones de venta y suscripción para España y América

Suscripción anual. 14,00 ptas.
> semestral 7,00 >
> trimestral 3,50 >

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año, 24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista **EL ESTUDIANTE**

Marqués de Cubas, 8 MADRID

Suscríbame por un _____ a la Revista **EL ESTUDIANTE**. Por giro postal envío a usted la cantidad de _____ importe de dicha suscripción (1).

En _____ a _____ de _____ de 1922

(Firma)

Mi dirección: _____

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.



EDITORIAL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

:-:

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	<u>Pesetas.</u>
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.
 ¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

HIJOS DE QUIRICO LOPEZ

VINOS :-: ANISADOS :-: LICORES

M A L A G A

Aperitivo tónico, Vino TITAN :-: Anisado, Cazalla KIRIKO

Anís, Ojén JOAQUIN BUENO :-: Moscatel, ROKERO

INQUIETUDES

VERSOS

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

El autor ha regalado a "EL ESTUDIANTE" cien ejemplares de esta obra, que será remitida, libre de porte, contra remesa de tres pesetas, a los lectores que lo soliciten